



La física de lo imposible: cuando las aves gigantes decidieron no volar en la nada volcánica de Canarias

● El misterio de los huevos de cuatro millones de años en el páramo de Famara, Lanzarote



Huevos de ratites, aves continentales

<https://www.vozpopuli.com/espana/canarias/la-fisica-de-lo-imposible-cuando-las-aves-gigantes-decidieron-no-...>

José Luis Jiménez

Sábado, 17 octubre 2026

Canarias

El norte de Lanzarote no es un lugar propicio para la condescendencia ni para las lecturas amables del paisaje. **En la base del macizo de Famara**, donde las rachas constantes de los vientos alisios del nordeste golpean sin pausa la roca calcarenítica, la geografía no sugiere la frondosidad de la vida, sino una sobrecogedora persistencia geométrica de carácter volcánico. Allí, atrapada en un depósito sedimentario de dunas consolidadas de hasta seis metros de espesor y cubierta por potentes coladas de lava de trescientos metros de altura, la paleontología tropezó con una anomalía teórica irresoluble. 800 gramos de masa fósil distribuidos en 16 centímetros de longitud. Un huevo. Luego dos. Hasta ocho huevos. Un enigma biológico de cuatro millones de años atrapado en una trampa estéril de arena bioclástica.

El problema fundamental no radica en la mera presencia material de estas estructuras calcáreas en la caleta de Órzola. El problema infranqueable es la ausencia absoluta de un puente geológico. Las Islas Canarias, nacidas directamente del fondo oceánico como consecuencia del punto caliente y de la tectónica atlántica, jamás rozaron la masa continental de África. Nunca existió un istmo emergido, ni una cadena continua de islotes intermedios durante las fases regresivas que permitiera el tránsito **a pie firme desde las estepas del Mioceno o del Plioceno temprano**. La pregunta sobre el origen orgánico de las grandes cáscaras de Órzola ha ocupado más de medio siglo de literatura científica, derivando en un abanico de hipótesis contrapuestas donde la física de fluidos, la geoquímica

isotópica, la anatomía comparada y la paleontología insular intentan sostener una explicación mínimamente verosímil.

El 5 de octubre de 2026, los investigadores **Christophe Lécuyer, Eric Buffetaut y Antonio Sánchez Marco** publicaron en *The Science of Nature* una rigurosa evaluación enfocada en la plausibilidad del transporte oceánico en balsas de vegetación para explicar la presencia de estos paleognatos en Lanzarote durante el Plioceno temprano. Esta aportación, sumada a la revisión divulgada en las Actas de la Asociación de Ciencias Naturales de Hamburgo por el zoólogo Horst Wilkens, profesor de la Universidad de Hamburgo, ha terminado por dismantelar los viejos consensos. Las explicaciones simplistas se derrumban una a una al ser contrastadas con los datos físicos extraídos del sedimento.

El metabolismo insular y la falacia del puente de tierra

Durante décadas, la hipótesis académica dominante atribuyó la autoría de los huevos de Famara a las ratites, aves continentales del orden Struthioniformes emparentadas de forma directa con los avestruces modernos. La estructura microscópica de la cáscara y el grosor de las paredes orientaban inicialmente el diagnóstico hacia este grupo. Sin embargo, la geología básica dinamita de inmediato cualquier vía continental terrestre: el brazo de mar que separa la **costa africana del Macizo de Famara** ha mantenido históricamente profundidades oceánicas insuperables para cualquier caminante. La posibilidad de una migración pedestre queda eliminada por la tectónica de placas.

Descartado el puente físico, la hipótesis alternativa de la balsa de vegetación, masas flotantes de fango, raíces interconectadas y troncos arrastrados hacia el Atlántico durante épocas de lluvias torrenciales en los ríos africanos, pierde toda viabilidad a medida que se escalan las proporciones reales del animal. Para transportar a un ave de más de cien kilogramos de peso a lo largo de decenas de millas náuticas de mar abierto, la balsa vegetal requeriría una masa estructural y una estabilidad hidrodinámica difícilmente concebibles en el régimen de mareas y corrientes de la **costa noroccidental de África**.

Incluso si se considera la posibilidad de que no viajara el animal adulto sino únicamente los huevos flotando a la deriva —una idea seductora que pretendía justificar la ausencia total de **restos óseos en el yacimiento de Órzola**—, la física elemental impone un límite biológico irrefutable. El tiempo de inmersión continuada en agua salada y la porosidad celular de la cáscara imposibilitan la supervivencia del embrión. Los huevos de Famara no eran recipientes estancos impermeables; eran estructuras respiratorias terrestres diseñadas para el intercambio gaseoso en la arena secada por el viento.

La firma isotópica del desierto antiguo

Si el organismo responsable no llegó caminando sobre una lengua de tierra inexistente ni cruzó el Atlántico a bordo de una balsa vegetal, debió hacerlo necesariamente desde el aire. En 1990, la paleontología contempló la opción formulada por García-Talavera, **según la cual los nidos pertenecían a los Pelagornithidae**, una familia extinta de aves marinas gigantes dotadas de pseudodientes óseos y envergaduras de hasta seis metros. Sus proporciones les habrían permitido

planear sobre las térmicas atlánticas y nidificar en las rampas de Famara, aprovechando las corrientes ascendentes de los alisios para despegar tras la puesta.

La geoquímica, sin embargo, desmintió de forma tajante la hipótesis del gigante marino. Los análisis de los isótopos estables de carbono y oxígeno realizados en la matriz de la cáscara, comparados minuciosamente con los registros isotópicos de dos especies extintas de pardelas encontradas en el mismo nivel estratigráfico, arrojaron un diagnóstico definitivo: el ave de Lanzarote comía y bebía en el espacio continental interno. Su dieta no dependía del nitrógeno marino ni de la biomasa oceánica; se trataba de un organismo terrestre integrado en un ecosistema de matorral seco.

Los fósiles continentales asociados en el mismo nivel sedimentario de calcarenita confirman este escenario ecológico: conchas de cuatro especies extinguidas de caracoles terrestres, fragmentos de cáscara de huevos de una gran tortuga terrestre, la vértebra dorsal de una serpiente de la **familia Boidae y numerosas cámaras de cría de abejas solitarias**. La planicie antigua de Órzola no era un peñón desnudo batido por el oleaje, sino una extensa llanura de arena bioclástica y matorral árido, un hábitat muy similar al actual semidesierto de El Jable.

La degradación de las alas en el vacío vegetal

Descartadas las ratites continentales, las balsas flotantes y los planeadores marinos, la discusión científica ha convergido en la propia dinámica de la evolución insular. La alternativa defendida por Horst Wilkens y respaldada por las **revisiones de Lécuyer** propone un proceso endógeno de gigantismo e incapacidad de vuelo: la llegada fortuita de una especie ancestral de ave voladora neognata que encontró en la Lanzarote del Plioceno un territorio desprovisto de mamíferos competidores y libre de grandes depredadores terrestres.

En un entorno desprovisto de mamíferos herbívoros, con la única excepción de las **formas ancestrales del pequeño roedor extinto Malpaisomys insularis y una musaraña**, existían numerosos nichos ecológicos abiertos. Sin la presión selectiva de la huida y con abundancia de alimento en la llanura de Famara, el gasto metabólico necesario para mantener la musculatura pectoral del vuelo se volvió ineficiente. La selección natural operó en dirección regresiva: atrofia de las alas, incremento masivo de la masa corporal y especialización en el forrajeo pedestre. El gigantismo fue la consecuencia matemática de la ausencia de competencia.

La victoria predecible de la erosión sobre el enigma

El registro fósil de Famara no ofrece concesiones a la especulación infundada. La llanura arenosa donde estas grandes aves no voladoras nidificaban hace cuatro millones de años se extendía **originalmente entre 25 y 100 kilómetros** cuadrados más hacia el norte, uniendo en momentos de regresión marina las tierras de Lanzarote y Fuerteventura en la gran paleoisla de Mahan. Aquel espacio original fue progresivamente sepultado por trescientos metros de coladas basálticas y posteriormente destruido por el desmantelamiento erosivo de los acantilados.

No hay esqueletos articulados. No hay plumas. Solo quedan fragmentos de cáscara fosilizada con porosidad de avestruz y densidades isotópicas que confirman una vida estrictamente terrestre sobre dunas extinguidas. La geología demuestra que los puentes nunca existieron, la química certifica que

el mar no alimentó a estas criaturas, y la erosión confirma que el suelo que pisaban terminó por disolverse en el Océano Atlántico